



David Bombai

## LA FELICIDAD NO ES COSA DE RISA

### PAYASO

Aprovechándose de las sobras que los niños habían dejado tras la fiesta de cumpleaños, el payaso pensó que esa lastimosa situación tenía que terminar. Aunque de no muchas armas disponía para ponerle remedio. Se sentó en una ridícula silla que le obligaba a tener las rodillas a la altura de la nariz y divisó el escenario después de la batalla campal que los críos habían disputado. Hamburguesas roídas; patatas desperdigadas; pedazos de tarta; gorritos con purpurina; servilletas de colores; vasos de cola vertidos sobre la mesa; papel de envolver diseminado por toda la habitación; el Fin del Mundo, pensó el payaso. "Tendremos que tirar el edificio abajo y volverlo a construir otra vez, ¿verdad?", dijo la mujer de la limpieza, una cubana voluminosa y noble que le dio al payaso un valioso consejo que más le valdría no haber olvidado jamás: "Quien quiere amor, primero ha de quererse a sí mismo".

### MADRE

"Qué difícil es hacer que mi hijo sonría...", pensaba su preocupada madre. Pero eso no era así en absoluto: simplemente era necesario que lo dejaran tranquilo, en la soledad de su habitación, para que el chico se mostrara afable y distendido; sus juguetes y sus peluches podían jurar como testigos. Había todo un Fuerte rodeado por

apaches que necesitaba de su protección.

Ellos eran su gente. El resto del mundo le producía aburrimiento; eso era algo que había aprendido de su madre, quizás lo único que de momento le había enseñado. El niño no quería sentirse superior a los demás, pero es que no era capaz de evitarlo. De haberle alguien preguntado, no habría podido explicar lo que sentía; pero el hecho es que únicamente a solas el niño era feliz. Por supuesto, "felicidad" para él era lo que sentían sus personajes de dibujos animados favoritos cuando lograban reducir al malo a cenizas. "¿Estará criándose como un niño normal?".

### HIJO

Una práctica habitual que el payaso no podía evitar era la de entrar, en el transcurso de las fiestas, en un estado de excitación anormal que le obligaba a buscar entre los niños a su supuesto hijo perdido. "¿Eres tú mi hijo?", preguntaba el payaso cuando ya no podía más, a lo que algunos niños se carcajeaban y otros simplemente se extrañaban. "Ni a unos críos de 8 años puede infundir temor, el pobre diablo", hubieran dicho los amigos del payaso, si en efecto los hubiera tenido. "¿Eres tú mi hijo?". A veces, la cubana voluminosa se sorprendía a sí misma interesándose por la

inexistente vida del payaso, que aparecía siempre diez minutos tarde, disfrazado de casa. “Si quieres, puedes ayudarme a recoger. Te distraerás...”, insinuaba la mujer, temerosa de una vuelta a casa del payaso accidentada, errabunda o triste. El payaso no respondía, con las rodillas a la altura de la nariz, y sólo miraba al vacío. La mujer desistía y comenzaba a recoger, sin dejar de espiar al payaso por el rabillo del ojo. Después, siempre la misma historia: el payaso se levantaba y, dando tumbos, desaparecía hasta mañana. “Una vida de mierda”, hubiera pensado el payaso, si a estas alturas el hombre aún pudiera pensar algo.

#### NIÑO

“Me gustaría no tener nada que ver con ella”. Un pensamiento un poco crudo para un niño de ocho años; pero no deja de ser menos cierto. Aunque no pudiera expresarlo con esas mismas palabras, era exactamente lo que el niño pensaba. Había deseado tantas veces soltarse de la mano desangelada y fría de su madre, que ya no se sentía propiamente un hijo. Se sentía único e individual, y así quería vivir siempre. Hacía ya mucho tiempo que no respondía a las preguntas vacías; que no se dejaba engatusar con las promesas inocuas; que no se ilusionaba con las cosas que hacían irracionalmente felices a sus compañeros de clase. Él sólo quería un padre.

#### RAÚL

Como esos personajes grotescos de las telenovelas de mediodía, se mueve Raúl por entre cajas apiladas y máquinas de gimnasia gobernadas por el polvo. No es que no haya tenido tiempo de desembalar, es que hacerlo significa volverse como el común de los mortales. Su encanto resi-

de en ser así de volátil y de difícil. Y tiene que funcionar, porque es el volátil y difícil nuevo novio de una madre desangelada y fría que ha encontrado en él al perfecto y desordenado compañero. Raúl ha sido víctima esta noche del ataque indiscriminado de mosquitos. “Un mosquito que viene de Brasil. Bichos a prueba de balas que se comerían una cebra. ¡Mira cómo me han dejado la pierna!”. Esas son el tipo de cosas que más le preocupan. Picaduras de mosquitos. Salsa bolognesa con los espaguetis. Series de televisión bajadas de Internet. Un ratón inalámbrico que dispara un rayo rojo cuando lo levantas.

#### CUMPLEAÑOS

Otra de esas fiestas idiotas con críos chillonos que se emocionan como energúmenos cuando un payaso, gordo y hastiado, se aproxima cargado de regalos baratos comprados en China a 50 céntimos la unidad. Los regalos buenos son para el homenajeado. “Una futura rata que venderá a su abuela por mil euros extra” pensaría el niño, sobre uno de sus muchos compañeros de clase, si tuviese la edad suficiente como para poder pensarlo. No le gusta la idea de necesitar a su madre para que lo rescate; quisiera tener la autoridad suficiente para bajar las escaleras y salir por la puerta. Le entristece pensar que si en efecto lo hiciera, su casa sería el último sitio al que iría. “¿Eres tú mi hijo?”, le pregunta alguien por la espalda. El niño se gira y ve al payaso, con los ojos fuera de las órbitas, que espera ansioso una respuesta positiva, o quizás una muerte oportuna.

#### WHISKY

El dolor de la cadera no le dejará dormir, lo sabe. Será mejor que se bañe en whisky, porque

esta noche no pegará ojo. Eso es así. Al salir de la fiesta, un Honda descapotable con un Pez Cristiano le ha embestido por detrás, dejándolo inconsciente sobre el asfalto. Ni han querido llevarle al hospital: alguien habrá pensado que por un payaso no valía la pena. Algunos le han ayudado a apartarse de la calzada: no era justo que el tráfico continuase interrumpido. El gentío ha impedido a la cubana voluminosa ver lo que pasaba, frustrándose así la única oportunidad del payaso de ser asistido por alguien. Ha despertado ya de noche sobre un banco, como un vagabundo disfrazado de payaso. Quizás sea por la conmoción, pero se ha preguntado tristemente cuál sería de hecho su mayor porcentaje, si el de payaso o el de vagabundo.

#### JUGUETES

A veces le gustaría vivir solo. "Una casa llena de gente es una tortura", pensaría si tuviera la edad suficiente. Haría la compra para toda la semana, se despertaría temprano para ir a trabajar, cocinaría, regaría las plantas. Sería el hombre de la casa. No vería nunca la tele, o por lo menos no vería los programas idiotas que su edad le obligaba. Su madre llega con un plato de macarrones: el mediodía es tan mal momento como cualquier otro. "¿Por qué no puedo ir a uno de esos colegios en los que también te dan la comida?". Sin ganas, acaba el plato y huye al sofá donde una cohorte de juguetes, cochecitos y muñecos de goma le esperan para continuar con sus asuntos. "¿Dónde estabas, chico? ¡Los apaches han tomado el Fuerte!".

#### INTERNET

Raúl sabe lo que a ella le gusta: se lo imagina por lo que ve en Internet. No hagamos más

cábalas sobre la edad adulta y la existencia real del amor. Disfrutemos de esta agradable velada. Ahora sobre la cama se envuelven en una azarosa emulación de una relación estable, plagada de sexo salvaje copiado de la red. Les gusta pensar que todo va bien. Es mejor así. Raúl se pregunta por qué si la felicidad absoluta es tan fácil de conseguir, algunos se empeñan en no verla. Una figurita diminuta y silenciosa les observa agazapado como una liebre: pero no es deseo, sólo es curiosidad. Raúl se percata de ello, y se siente halagado. Envidiado. Juguetón. "Mujer, cómprale un ordenador al crío".

#### PERIÓDICOS

Quisiera que los desayunos fueran iguales a los de las películas americanas. Esos desayunos que parecen durar horas, con tortitas, zumo de arándanos, huevos con beicon y café caliente. Un desayuno de bufé libre cada día de la semana. Pero no. Los desayunos de los terrícolas son rápidos y sombríos. Un café con leche meteórico y de pie. Le gustaría poderle dar uno de esos desayunos a su hijo, quizás eso le animara. Empezar bien el día, ¿no? Así a lo mejor entablarían algún tipo de conversación. ¿Pero cuándo llegaron a esta situación? ¡Por Dios, su hijo sólo tiene ocho años! ¿Cómo ha perdido su cariño tan pronto? Malditos desayunos de Hollywood; en cambio, lo que ella se encontraba cada mañana era un árido campo de batalla. Despertarse y combatir a vida o muerte por un "Buenos días" de su hijo... ¡Ah, y que le diera tiempo a leer el periódico!



**HOSPITAL**

El médico que lo ha reconocido se ha empeñado en hacerle orinar en un vasito de plástico. Se dice a sí mismo que un profesional del entretenimiento infantil no debería salir borracho de casa. Está dispuesto a perseguir a quien haga falta para que le quiten la licencia. “¿Tienen los payasos licencia, acaso?”. El desgraciado descansa ahora sobre una cama improvisada en medio de un pasillo abarrotado, a la espera de que otra vez alguien le haga entender que estorba en el mundo. “Tenemos que hacerle más pruebas; no se preocupe que buscarán a un payaso suplente para que le reemplace; en su estado, no podemos dejarle volver al trabajo”. El hombre entristece al pensar que él mismo es ese desafortunado payaso suplente: el anterior lo dejó. Nadie quiere ser un payaso profesional.

**IDEA**

El martes de Carnaval descubrió que podría ser otra persona. Un poco de pintura aquí, un chaleco de vaquero, guantes en las manos, botas para escapar muy lejos. Sería como un juego; sería divertido. Eso es lo que hacían los niños de su edad. Ya no tendría que jugar solo nunca más; podría ir adonde quisiera; gozaría de libertad. Sonrió con complacencia: las buenas ideas se merecen una amplia sonrisa. Repasó los “pros” y descartó los “contras”. Se vio en la situación y se sintió aliviado. Le molestó haber tardado tanto, haber tardado ocho años, en cruzarse con el payaso.

**MARIDO**

“Los hijos necesitan un padre...”. Le sobrevino la pena preparando la merienda: un bocadillo en pan de molde cortado a cuadrados ridículos. A su hijo es así como le gustaba. Un padre debería volver del trabajo, a punto para la cena; debería colgar la chaqueta y entrar a hurtadillas en el cuarto de su hijo; le daría una sorpresa, él se giraría, chillaría para escapar de las cosquillas y jugarían hasta que la mesa estuviera puesta. Seguirían jugando entre plato y plato, lo justo para que ella dijera, entre risas, “Con la comida no se juega”, y los dos la mirarían fingiendo vergüenza, para seguir cuchicheando después “Será mejor que paremos, a mamá no le gusta”. Y seguirían los juegos. Y seguirían las risas, aún después de la cena. Y el niño se dormiría en los brazos de su padre, mientras los tres miran en la televisión el programa de la noche. Ella los vería alejarse, camino de la cama, su hijo llevado en brazos, dormido, abrazándose fuerte a los hombros de su padre. “...Y las madres necesitan un marido”.

**SUPLEENTE**

Recorrió las calles con rapidez: un niño de su edad solo por la ciudad alerta tanto a policías como a entrometidos samaritanos; el mundo entero tiende a doblegarse a las necesidades de un chiquillo perdido. Pero llegó antes de lo que esperaba, sin propiciar sobresaltos. Hoy debía de haber otra fiesta, porque a nadie le extrañó su llegada. Subió las escaleras que días atrás soñó que bajaba, y esta vez sí que lo hizo rumbo hacia la libertad. Arriba, el griterío reverberaba gracias al techo abovedado de color azul celeste. “He llegado al mismísimo Cielo”, habría pensado el niño de haberse fijado mínimamente en él. Su vista fue

directa a un payaso gordinflón y zarrapastroso que se contoneaba preocupantemente por entre las mesas. Cualquiera habría jurado que estaba a punto de desplomarse sobre el pastel de cumpleaños. Y así habría sido si una figurita menuda y enclenque no se hubiese interpuesto entre el payaso y la tarta; una figurita menuda y enclenque que con voz decidida se atrevió por fin a decir: "Hola, papá".



#### REVÓLVER

Ahora Raúl está obsesionado con las armas de fuego. Ha conseguido no sé dónde una réplica de un Colt 45 Peacemaker, el arma de los cowboys, y no deja de pasarle la mopa de sus gafas de sol para que brille como un diamante. Fanfarronea y pretende enseñarle cuándo y dónde comenzaron a fabricarse estas pistolas, pero se equivoca con las fechas y con la ubicación de la fábrica central. Connecticut. "Si pudiera tener una pistola de verdad, sería una persona muy feliz". Ella tiene que hacer caso omiso a este tipo de comentarios si no quiere arrepentirse de lo que está a punto de hacer. Ha reservado mesa en un buen restaurante, rebozado de terciopelo rojo, y se ha regalado a sí misma un anillo con baño de oro para hacerlo oficial. Las palabras deberían

dolerle como cristales en la garganta antes de salir por ella, pero no lo hacen y finalmente el ambiente se pervierte con esta pregunta: "Raúl, ¿quieres casarte conmigo?". 1873.

#### MIEDO

Le tiemblan las piernas rechonchas enfundadas en esos horribles pantalones a topos, mientras da sorbitos nerviosos a su refresco de cola. Las hordas de críos han abandonado felizmente el local. La cubana voluminosa recoge las mesas con un ojo desconcertado puesto en la extraña pareja. El niño rebaña con parsimonia un helado de vainilla que le sabe a polvo químico.

El payaso lo observa con respeto, como observaría a un policía o a una estrella de cine. El niño hace caso omiso a la tensión y espera pacientemente a que el payaso haga algo. Le sudan las manos y se las limpia en el nailon del pantalón; echa de menos unas gotas de licor en su refresco; sin embargo, el terror no le impide reconocer este momento como el más importante de toda su vida. "¿Quieres ir... al parque?".

#### SÁBANAS

El tacto es en efecto suave, pero no tanto como para provocar en ella el deseo que Raúl esperaba cuando las compró. En su lugar, le envuelve una sensación de descorazonadora desilusión, propiciada por la respuesta todavía inexistente de su amante a una pregunta directa. Le da vueltas al anillo recién comprado, de espaldas a Raúl, que mira al techo intentando recordar cuándo colocó en él un espejo de dimensiones pornográficas. Repasa sus noches de pasión y certifica su total desaprovechamiento: en abso-



luto recuerda haberse deleitado con el morboso placer de mirarse a sí mismo haciendo el amor con su pareja. Una pena. “Mil quinientos euros al carajo”. Estrenarlo hoy va a ser imposible: los ánimos están por los suelos. Las sábanas no están cumpliendo con su tarea.

#### PADRE

Un día en el zoo. Películas protagonizadas por mapaches que cantan y bailan. Helados de fresa y nata. Sus personajes favoritos de la tele, sobre hielo. El circo ha llegado a la ciudad. Toboganes de agua. Un partido de fútbol. Música en la radio. Un cuento antes de la siesta. Marionetas en el parque. El Museo del Juguete. Un picnic de mediodía. Representación infantil en el teatro de la escuela. Una mañana de abril lluviosa y fresca. El color azul. Coches de carreras veloces y ruidosos. Adivinando las formas que dibujan las nubes. Chocolate con churros. Un partido de baloncesto (5 de 6 en tiros libres). Indios y vaqueros. La hora feliz de la merienda. Hoy jugaremos a que somos invisibles...

#### DESAYUNO

“¿A dónde va cada tarde?”, se preguntaría su madre sino le creyese en ese inofensivo curso de iniciación al deporte. “Mamá, ¿puedo?”, mostrándole el anuncio. Sólo la pregunta y el ruego fueron suficientes para que a su madre le diese un vuelco el corazón. “Claro que sí, amor mío”, y el niño ya tenía todo el permiso que necesitaba para no pisar jamás una cancha de baloncesto. Le sirve otro vaso de zumo; hoy seguro que su hijo se terminará los cereales. Está hambriento. Quizás sea un efecto secundario de la alegría. Su madre lo mira con ternura y satisfacción. Siente

tanto amor por él que podría estallar: es imposible que un cuerpo humano soporte tanto cariño dentro. En su lugar, romper a llorar de felicidad parece lo más sensato.

#### SOBRIO

Hubo un acuerdo tácito entre padre e hijo: el payaso no quería estar borracho para cuando llegara la hora de verse; y el niño se obligaba a estar de buen humor siempre. Deseaba que su padre se sintiera a gusto, con todo lo que eso implicara. Ya no tendría que ser nunca más el crío taciturno y malhumorado que miraba a todo el mundo por encima del hombro. El niño enfadado que avanzaba con la cabeza gacha y el ceño fruncido tendría que quedarse en casa y dejar que el niño divertido y amable saliera del escondrijo en el que dormitaba. Y el payaso perdido y descontrolado se esforzaría por ser el padre atento que su joven hijo se merecía. Ahora, las palabras de la cubana voluminosa le venían a la mente tan claras como el agua: “Quien quiere amor, primero ha de quererse a sí mismo”.

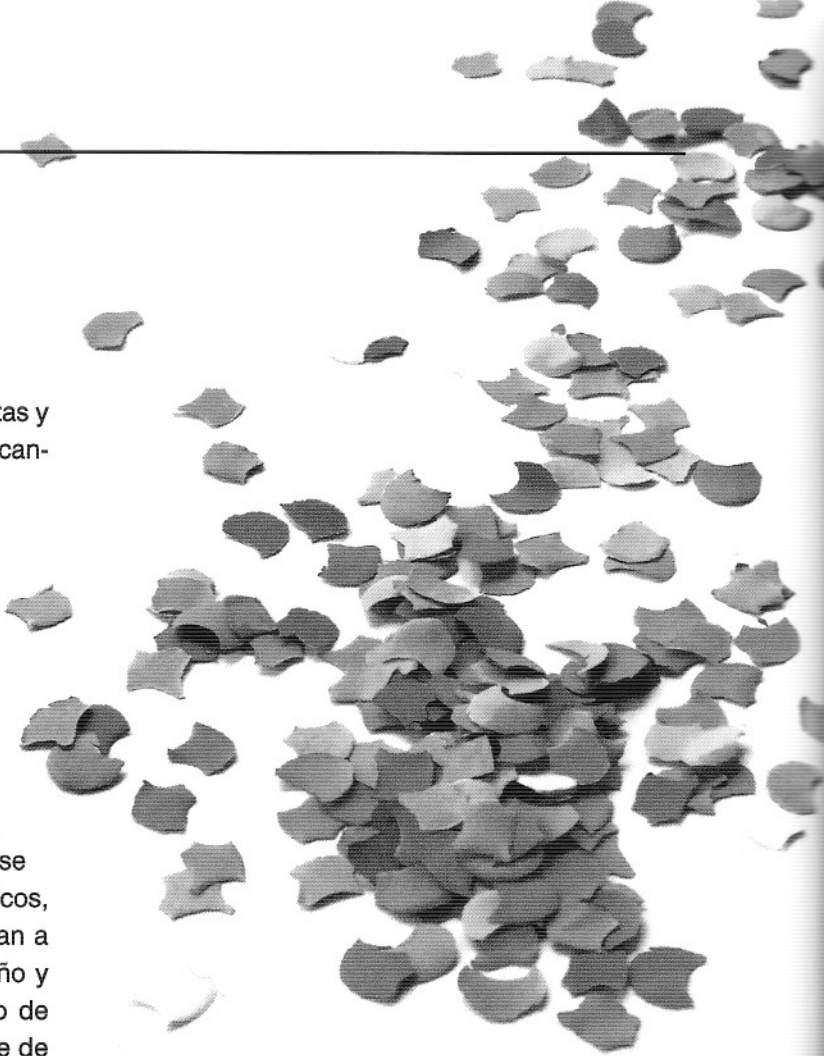
#### CANGUROS

Desembaló la máquina de hacer pesas entre bufidos de mal humor. ¡Pero cómo se le ocurría pedirle matrimonio! Él es un hombre sin ataduras, que si quisiera mañana se iría a Nueva Zelanda a recoger patatas y matar canguros. Tenía ese superpoder; formaba parte de su atractivo, ¿verdad? ¿Cómo se le podía ocurrir a nadie el querer cambiarlo? Perderían todo lo que tenían; sería un marido como todos los demás. La vida ya era lo suficientemente aburrida como para hacerla todavía más tradicional. Hay que dejar un resquicio a la incertidumbre; mantenerla caliente,

arrojarla por las noches, darle de comer patatas y carne de canguro neozelandés. Pero... ¿hay canguros en Nueva Zelanda?

#### HOLA

El propósito de una fiesta es divertirse. "Pasarlo bien", como dicen los humanos. El niño necesitó ocho años y un padre payaso para entender algo tan simple. La tarta era de mantequilla, y sobre ella el nombre del cumpleaños escrito con chocolate. Pequeños caramelos como perlas de plata dibujaban el contorno y hace seis meses se habría abalanzado sobre ella para hacerla añicos, si así hubiese conseguido que todos se fueran a casa con un disgusto. Pero hoy es el pequeño y simpático ayudante de un payaso en estado de gracia, escultor de globos de colores y artífice de bromas hilarantes. Él es la persona más importante hoy después del homenajeado, sus amigos, los padres, el camarero que no para de servir comida y nuestro idolatrado payaso. Todo un logro; antes no habría conseguido ser ni eso. Ahora ambos tenían entre manos el chiste final, un juego clásico de tartas, en el que el pequeño protagonista se las ingenia para encasquetarle al payaso, una detrás de otra, las existencias de merengue en toda la cara. Un espectáculo que haría retorcerse de risa al humorista más experimentado. Pero lo están protagonizando ellos. Precisamente por eso, al terminar, una niña pelirroja, futura rompecorazones y diseñadora gráfica, se acerca al pequeño aprendiz de payaso y, con su sonrisa más encantadora, se presenta: "¡Hola, soy Lucía! ¿Y tú?". ¿Y él? Él no es capaz de sobreponerse a la emoción del momento, pero no lo necesita: el placer de saberse interesante para alguien ya es suficiente. La



mira con expresión bobalicona, sin articular palabra, hasta que ella decide extender sus garras de futura mantis por el resto de la habitación. A partir de ahora, él también lo sabe, todo podría ser diferente.

#### NORMAL

Ya ni se acuerda de cuánto tiempo hace de la última vez que entró en una panadería, como una persona normal, para, como una persona normal, comprar una barra de pan. La escena se desarrolla un sábado por la mañana, hace buen tiempo, exterior, día. El payaso sale de casa y se da cuenta, quizás con el sol, quizás con la brisa fresca, de que hace ya más de medio año que no ha probado ni una sola gota de alcohol. No podría hacerle pasar tan mal rato a su hijo. Él no se

merece eso; vino a buscarle y quiso que formara parte de su vida. ¿Qué clase de padre sería si se lo pagara volviendo a ser el payaso destartado y errabundo que era? No. Ahora es un payaso profesional, con las cosas claras y 80 céntimos en la mano para comprar una barra de pan, que esta tarde utilizará para prepararle la merienda a su amado vástago. Así están las cosas. Y justo al dejar caer los céntimos sobre el mostrador, se ha dado cuenta de lo maravillosa que es su vida ahora. ¡Un momento! Acaba de disfrutar de un instante de rebosante y completa felicidad; ha durado sólo unas décimas de segundo, justo el tiempo que duran un par de monedas sobre el cristal. Cinco segundos, tal vez cuatro; ese tiempo fugaz y no más, pero ha sido lo suficientemente intenso como para dejar una huella que dura hasta ahora, las cinco de la tarde, diez minutos antes de que su hijo llame a la puerta y entre en el piso como una exhalación, corriendo con su avión favorito en la mano, que sobrevuela la mesa, el sofá y las sillas, para aterrizar, entre risas y gritos de alegría, sobre la alfombra nueva del salón.

#### NO

Dudaba sobre la forma de decirlo, pero no sobre lo que tenía que decir. Raúl llegó a la casa de su novia y se apoltronó en el sofá. Esperaba a que ella le sirviera una copa, como en las películas, y así aliviaría su tensión, pero en su lugar ella se fue a la cocina a preparar la cena. Raúl se quedó sentado con cara de circunstancia, haciendo tiempo, pero le parecía absurdo. ¿A qué iba a esperar, a que se sentaran a cenar? ¿A después? ¿A que estuvieran en la cama? ¿A mañana después de la ducha? Se levantó, invadió la cocina, la sorprendió por la espalda y soltó su discurso an-

tes de que el mundo y el tiempo se pusieran en su contra. "Esto no funciona. Yo no quiero casarme. Yo soy un espíritu libre". No se atrevió a decir nada más, no quería estropearlo. Pensó que el discurso era matemáticamente perfecto. Un guionista de cine no lo habría escrito mejor. Cogió su chaqueta, y antes de que el Apocalipsis le pillara a contrapié, salió pitando por la puerta. "Ahora podré volver a casa, para seguir sacándole brillo a mi pistola".

#### HIMALAYA

¿Teniendo el 80% del camino recorrido, un escalador daría marcha atrás? Quizás sí, si las inclemencias del tiempo le obligaban a ello, pero seguro que no de motu propio. El niño sabía que estaba a muy pocos metros de conseguir llegar a la cima. Lo más difícil ya estaba hecho. Rebuscó en el cajón de la ropa interior de su madre, y halló un papel, una nota manuscrita que sólo decía "Perdón" y una dirección escrita a máquina en el sobre que la envolvía. El "Perdón" se lo pedía alguien a su madre, y la dirección era donde vivía ahora su verdadero padre.

#### ALIVIO

La cebolla cortada a taquitos finos. Igual que el jamón y las patatas. La costumbre de cortarle todo a su hijo en cuadrados perfectos, como cubitos de comida, se había extendido a cualquier cosa que preparaba. Incluso a ella le parecía más apetecible así. El queso curado, la fruta, hasta la lechuga si pudiera, pero sus formas caprichosas hacían irreconocible después la hermosa perfección de una cuadratura absoluta. Siguió preparando la cena, al principio para dos, ahora para uno. Su hijo estaba en no sé qué Colonias del Deporte: desde que se había aficionado, con ocho años es-



taba menos en casa que su exmarido. "Todo se pega", pensó. Y en el fondo no sabía por qué le había pedido matrimonio a su último novio, icon lo bien que se estaba siendo soltera! Así que lejos de sentirse traicionada, a años luz podríamos decir, aquello fue un agradable alivio; como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Ahora lo que más le apetecía era una cena exquisita, acompañada de un buen vino y después, para redondear la noche, un cigarro del paquete escondido sobre el armario de su habitación. Uno de esos cigarros que se fuman después de muchos años. Uno de esos cigarros que por únicos y espaciados en el tiempo tanto saben a gloria.

#### ASTRONAUTA

Calle Copérnico, número 45, 5º 2ª. "Aquí es", le dijo el niño al payaso. Éste lo miraba con desconfianza: ¿qué hacían aquí? ¿Qué venían a buscar? Entraron en el portal y subieron al quinto piso. "Llama tú", y el payaso apretó el timbre con reverencia, al ver el miedo de su hijo ante la puerta cerrada. Se oyeron unos pasos cansados al otro lado, como si en vez de caminar el individuo reptara arrastrando los pies, pesados como el plomo en las botas de un astronauta. Antes de que pudiera abrir la puerta, el niño dejó escapar casi un lamento: "¿Papá?". Las botas pesadas de astronauta dejaron de moverse. Se paró a unos centímetros de la puerta y a través de la madera preguntó: "¿Quién es?". El payaso miró al niño, angustiados ambos. El niño volvió a implorar: "¿Papá?". Sentía que al otro lado alguien le miraba fijamente; pero ¿sería cierto? ¡Si esa maldita puerta de roble, grande para él como un monolito, fuera en su lugar un cristal! ¡Si pudiera ver qué estaba pasando! Pero no. La madera era un

espejo en el que el niño se veía reflejado pero lo único que veía era un agujero negro. "No. Vete", dijo por fin el astronauta, sin compasión, y los pasos comenzaron a hacer el camino inverso. El niño, decepcionado como antaño por todo lo que le rodeaba, no quiso quedarse en el edificio ni un solo minuto más. "Mi padre es un payaso", pensó el niño mientras bajaba las escaleras. Miró con compasión al payaso que descendía con dificultad, quedándose atrás, y continuó bajando. "Pero un payaso de verdad".

#### FAMILIA

No es su hijo. Lo acepta y, en la medida de lo posible para un payaso alcohólico y desordenado, lo entiende. Pero eso no significa nada, porque lo siente como suyo. No quiere, y nunca querrá ni permitirá que le pase nada. Hará siempre lo posible para que sea feliz. Y eso jamás podrá cambiarlo nada, ni siquiera el hecho de que no sea su padre auténtico. Le entristece pensar en el millón de días, horas y minutos tirados a la basura antes de conocer al niño. Baja las escaleras atropelladamente, a punto de caerse, arriesgando su rechoncha nariz de payaso, por un solo motivo: continuar a partir de ahora siempre al lado de su hijo.



**NUEVA ZELANDA**

"Soy un espíritu libre. No quiero la vida de mis amigos. No quiero responsabilidades. Quiero tener el poder de decidir por mí mismo. Quiero desaparecer si me apetece. Irme a Nueva Zelanda a cazar canguros. Explorar la Antártida. ¿Por qué nadie en su sano juicio tendría que renunciar a eso? ¿Por qué tiene que ser mejor la vida si estás atado a una mujer, a un hijo, a una hipoteca, a fines de semana sin salir de la ciudad, a morir cada día en el salón de tu casa?". En eso pensaba el astronauta, después de la visita inesperada, aquella tarde, de dos payasos.

**HOGAR**

El niño vuelve a hurtadillas. En el camino ha comprado una tableta de chocolate blanco, que devora como si fuera una fierecilla acorralada. Quizás eso aplaque su pena. No todos los días se da uno cuenta de que el destino colocó a una persona errónea como cabeza de familia. De tu familia. Su madre le sorprende cruzando la puerta, pero no le dice nada. Ya nunca le dice nada. Espera simplemente que pase por su lado y se encierre en su cuarto; así por lo menos hará lo que le gusta. Debe de ser feliz a su manera, supone. Más que ella, quizás. El niño emprende la marcha hacia el interior, pero esta vez coge la mano de su madre, como hacen todos los hijos del mundo. Nota que la mano ya no está fría; a lo mejor nunca lo estuvo; a lo mejor era sólo una sensación suya. ¿Podría ser, no?

**LIMPIO**

Otra fiesta que acaba, dejando tras de sí un reguero de víctimas en forma de restos de comida, vasos arrugados y confeti desparramado. El payaso ha hecho una muy buena función hoy: seguro en la cancha, eficaz en el juego. Se siente a gusto en su trabajo. La cubana voluminosa ha comenzado a recoger los escombros. Enfrascada en lo suyo, no repara en que el payaso se acerca por la derecha, haciendo como que limpia. A la altura de la mujer, codo con codo, ella gira la cabeza y sonríe al payaso. Él hace lo propio, mientras acerca el cubo de la basura para tirar los manteles de papel y toda la morralla resultante. La cubana voluminosa mira al payaso; hay algo diferente en él que no alcanza a descifrar, sorprendida además por la desinteresada colaboración del improvisado ayudante. El payaso, subido ahora en una escalera, descuelga los banderines y, con mucha pericia, trata de encestarlos en la basura. El mundo hoy parece un lugar mejor. Desciende satisfecho (5 de 6 en tiros libres) y, como si tal cosa, haciendo gala de una inusitada cordialidad, le tiende la mano a la mujer. "Me llamo Antonio".